# SALIR, CAMINAR Y SEMBRAR SIEMPRE DE NUEVO

# JESÚS MORENO LED Astorga, 3 junio 2017

La alegría está al comienzo y al final de la evangelización. Y de cada una de sus acciones. La alegría de sabernos amados por el Padre nos lleva a comunicar esa experiencia a los demás. Por eso, la alegría cristiana es misionera (EG 21). E, "incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas"<sup>1</sup>, esa alegría profunda es un don del Padre para el que acepta la Buena Noticia y para el que la comunica. "La experimentan los 72 discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (cfr. Lc 10,17)"<sup>2</sup>. Y la experimenta con ellos Jesús (cfr. Lc 10,21). Tras la predicación de Felipe en la ciudad de Samaría, ésta "se llenó de alegría" (Hch 8,8).

El Papa Francisco nos está recordando constantemente la importancia de la alegría en la vida y misión de la Iglesia, actualizando lo que ya nos dejó escrito Pablo VI especialmente en sus documentos "Gaudete in Domino" y "Evangelii nuntiandi". Y Francisco nos propone "un determinado estilo evangelizador" para "cualquier actividad que se realice". Un estilo evangelizador para que "podamos acoger, en medio de nuestro compromiso diario, la exhortación de la Palabra de Dios: Alegraos siempre en el Señor. Os lo repito, jalegraos! (Flp 4,4)" (EG 18).

En este contexto hemos de leer, reflexionar y concretar la frase elegida para celebrar el día del Apostolado Seglar y de la Acción Católica de este año 2017 y que está tomada de Evangelii Gaudium n° 21.

"Esa alegría (de los discípulos) es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá." (EG 21).

Si se da la alegría en nuestras vidas estamos dando un signo de nuestra fe y de la aceptación de la misión que nace de ella.

"Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino 'por atracción'" (EG 14).

"El gran amor a Él es permanecer en ese amor, y viene la alegría; el amor y la alegría son un don. Dones que debemos pedir al Señor. [...] Y los cristianos, laicos, sacerdotes, consagrados, obispos, debemos dar alegría a la gente. ¿Por qué? Pues por eso, por amor, sin ningún interés, solo por la vía del amor. Nuestra misión cristiana es dar alegría a la gente" (Francisco, 18 de mayo de 2017. Homilía Jueves 5ª semana de Pascua).

El que esta introducción esté motivada por el hecho de que la frase elegida para la jornada del Apostolado Seglar viene precedida y enmarcada en la alegría, es una razón puramente coyuntural. La verdadera razón es traernos a la memoria la centralidad de la alegría como actitud vital del que es llamado a ser testigo del Evangelio. El Evangelio –Jesús- es el fundamento de esa alegría. Sólo desde esa alegría, don del Espíritu, sentiremos la urgencia de salir, caminar y sembrar siempre de nuevo. La alegría es un don de éxodo, de salida. Es comunicable por el simple hecho de existir.

1

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> EG 10. Cfr. Pablo VI EN 80.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> EG 21

Salir de nosotros mismos. Abrir los ojos a la realidad que nos rodea en el mundo y en la Iglesia. Salir de la desilusión, de la rutina, de no esperar ya nada.

Caminar. Caminar tras Jesús y con Jesús. Mezclarnos comprometidamente con los hermanos. Sentir y vivir las alegrías y las tristezas de las personas de hoy. Sentir y comprometernos con la realidad de tantas personas sometidas a la pobreza, al paro, a la violencia, a la discriminación por cualquier causa, al exilio o a la emigración...

Sembrar humilde y generosamente aquello que a nosotros nos hace vivir con esperanza y no resignarnos nunca a la fatalidad de pensar que nada se puede hacer.

Siempre de nuevo. Con fe siempre renovada, profundizada. Jesús "hace a sus fieles siempre nuevos; aunque sean ancianos 'se les renovará el vigor, subirán con alas como de águila, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse' (Is 40,31)" (EG 11). La riqueza y la hermosura de Jesús "son inagotables" (idem). "Él siempre puede con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atraviese épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los **esquemas aburridos** en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre 'nueva'" (Idem).

La afirmación de Francisco (salir, caminar, sembrar) presupone que, para vivirla, hemos acogido a Jesús en la fe, en la esperanza y en el amor. Y que nos sentimos en la Iglesia con una vocación específica llamados por el Señor.

Divido esta charla en tres momentos.

El primero será recordarnos que ser laico en la Iglesia es una vocación.

El segundo intentará concretar la misión del laico en la Iglesia.

El tercero, una sencilla aproximación al testimonio.

Los tres apartados tienen inevitablemente un carácter general y, probablemente, conocidos por todos vosotros. Pero creo necesario recordarlos como fundamento de la misión del laico en la Iglesia. Las concreciones estamos llamados a determinarlas en nuestras parroquias, movimientos o asociaciones a las que pertenecemos.

# 1.- SER LAICO ES UNA VOCACIÓN

# 1.1.- Todo nace del encuentro personal con Cristo, fuente de la fe.

# Opción personal por Jesucristo

Quizás el texto más citado de todo el magisterio de Benedicto XVI sea el siguiente: "Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una .orientación decisiva (Benedicto XVI. DCE 1).

Y Francisco nos lo recuerda con vehemencia de esta manera: "Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso" (EG 3)

Para corroborar que esto es así, recordemos cada uno cómo en el evangelio todo comienza en las personas con el encuentro con Jesús. Los apóstoles, Zaqueo, la samaritana...

- El cristiano nace del encuentro con Jesucristo, no de una tradición heredada, ni de la adhesión a la Iglesia como institución. Porque nadie es cristiano en profundidad si no vive su adhesión a Jesús y su pertenencia a la Iglesia como un don, como una alegría, que es necesario compartir, comunicar, anunciar.
- Este primer encuentro con Jesús se mantiene en la celebración de los sacramentos en comunidad, en la oración personal y en el amor a todos en concreto y preferencialmente a los pobres.
- El conocimiento de la Biblia, hecho formación y oración, es indispensable para el conocimiento de Jesucristo. Por eso decía San Jerónimo: 'Desconocer las Escrituras es desconocer a Jesucristo'.

Esta es la experiencia que todo cristiano laico ha debido hacer en su vida personal y en su pertenencia a la Iglesia como comunidad de Jesús.

# 1.2.- En la Iglesia todos tenemos la misma dignidad

Para situar correctamente el tema del laico en la Iglesia, es necesario recordar muy brevemente la vocación y misión del laico en la Iglesia. Me limito a enumerar las **afirmaciones básicas** de una elemental teología del laicado. Teología que vemos sustentada en esta afirmación de Pablo en la que no hace distinción entre categorías de cristianos:

"Todos nosotros... hemos recibido un mismo Espíritu en el bautismo, a fin de formar un solo cuerpo; y todos hemos bebido también del mismo Espíritu". (1 Corintios 12,13)

Todos hemos recibido el mismo bautismo que nos une a Cristo, nos une entre nosotros y, así, todos unidos formamos la Iglesia.

Para que esa comunidad sea una comunidad viva, el Espíritu distribuye distintas funciones, vocaciones diversas, específicas, que facilitan el vivir y anunciar a Cristo. Esta es la clave teológica de la que debemos partir.

La Iglesia, por tanto, según la voluntad de Dios es *COMUNIÓN*. Porque la Iglesia, con todos sus diversos miembros, tiene sus raíces en algo mucho más profundo que la simple organización, que la coincidencia de ideas, de objetivos y finalidades: toda ella, con todos sus miembros, es *Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo.*<sup>3</sup>

La Iglesia es una comunidad de *IGUALES*. Esta igualdad nos viene a todos los miembros de la Iglesia por la gracia de Dios comunicada y celebrada en los sacramentos de iniciación cuya fuente es el *bautismo*, que se plenifica en la Confirmación y se actualiza y alimenta en la Eucaristía. La dignidad es la misma en todos los llamados: hijos agraciados por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; por tanto, hermanos.

El Pueblo elegido de Dios es, por tanto, uno: 'un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo' (Ef 4,5). Los miembros tienen la misma dignidad por su nuevo nacimiento en Cristo, la misma gracia de hijos, la misma vocación a la perfección, una misma gracia, una misma fe, un amor sin divisiones... Aunque algunos por voluntad de Cristo sean maestros, administradores de los misterios y pastores de los demás, sin embargo existe entre todos una verdadera igualdad en cuanto a la dignidad y la actividad común para todos los fieles en la construcción del Cuerpo de Cristo" (LG 30.32 bc).

Este 'nacimiento común' nos hace a todos los bautizados signos de Cristo en el mundo, partícipes de su triple misión de SACERDOTE, PROFETA Y REY. El bautismo capacita a todo cristiano para realizar la triple misión que nace del triple ser de Cristo y que Él realizó en su vida: la triple función sacerdotal, profética y real.

--

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Cfr. LG 29

Este es el ser y el actuar fundamentales de todo cristiano. Todos los cristianos somos sacerdotes, profetas y reyes. Es nuestra común dignidad y nuestra común misión.

# 1.3.- La comunión y la igualdad se realiza en diversas vocaciones

La común vocación cristiana se concreta, después, en las vocaciones específicas en la Iglesia. Diferentes vocaciones, igualdad fundamental, para que la Iglesia pueda ser 'el Cuerpo de Cristo' con diferentes miembros para su vida interna y para su misión en el mundo.

Así nos presenta el Concilio Vaticano II la específica vocación del cristiano laico: "Por laicos se entiende aquí a todos los cristianos, excepto los miembros del orden sagrado y del estado religioso reconocido en la Iglesia. Son, pues, los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el Pueblo de Dios y que participan de las funciones de Cristo: Sacerdote, Profeta y Rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo" (LG 31a). "Según su condición", es decir: según su vocación. En la Iglesia no hay condiciones entre sus miembros, hay vocaciones.

Definición de cristiano laico que podemos concretar, de modo quizás más sencillo, de esta forma: cristiano laico es todo hombre y mujer "bautizados, que tratan de vivir como miembros de la Iglesia de Jesús a la luz del Evangelio en las diversas circunstancias concretas de su vida personal, familiar, profesional y social". 4 Y llamados a llevar el Evangelio en las circunstancias en que viven.

Ser cristiano laico es una vocación porque tiene una misión concreta y específica, distinta a las otras vocaciones, dentro de la misión esencial y constitutiva de la Iglesia: evangelizar.

La misión de la vocación cristiana es evangelizar, porque esa es la misión de la Iglesia. La misión de la Iglesia nos une a todos. Es la misma para todos: evangelizar. Así lo expresó con frase breve, acertada, y ya clásica de Pablo VI sobre la Iglesia y la evangelización: "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" (EN. 14). Que recoge la ya también citada frase del Vat. II: "La Iglesia entera es misionera, y la obra de la evangelización, un deber fundamental del pueblo de Dios" (AG 35).

Las distintas vocaciones cristianas realizan esa misma misión esencial según las características de cada vocación específica cristiana. La comunión hace que las diversas vocaciones converjan en la realización de la misma y única misión desde la peculiar y específica aportación de cada uno. Una es la vocación pastoral de comunión y animación y otra la vocación laical. Ambas nacidas de la voluntad del Señor. Ambas llamadas a la misión desde y para la comunión.

Por tanto, la vocación de laico, porque es una vocación diferente a las otras vocaciones en la Iglesia, tiene una misión propia, ya que sin misión propia no puede haber vocación. Por ser propia es distinta y complementaria con la presbiteral y con la religiosa.

El Concilio Vaticano II expuso el contenido de la vocación laical en una frase ya harto conocida y a la que es necesario referirse siempre para conocer y seguir la vocación del laico en la Iglesia: "El carácter secular es lo propio y peculiar de los laicos [...] porque "los laicos tienen como vocación propia el buscar el reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios" (LG 31 b).

"En realidad, ejercen el apostolado con su trabajo para la evangelización y santificación de los hombres, y para la función y el desempeño de los negocios temporales, llevado a cabo con espíritu

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Joan Piris, Obispo de Menorca (España). Rev. Vida Nueva, nº 2569. 9 junio 2007. Pág. 26)

evangélico de forma que su laboriosidad en este aspecto sea un claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres. Pero siendo propio del estado de los laicos el vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, ellos son llamados por Dios para que, fervientes en el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento". (AA 2).

Las 'cosas temporales' son para el Concilio "todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida". 'Ordenar las cosas temporales según Dios' consiste en "iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor" (LG 31).

'Ordenar' implica otro aspecto que se suele olvidar con demasiada frecuencia. Se habla de la santificación del trabajo o santificarse en el trabajo, que es verdad. El trabajo bien hecho santifica a quien así lo hace. Pero no es suficiente. Porque se olvida que no puede vivirse la vocación laical en una estructura injusta sin hacer lo posible por cambiarla. Lo específico del laico es 'ordenar', es decir: transformar todas las realidades 'según Dios'. Además de hacer responsable y honestamente el propio trabajo, ordenar significa que no puede vivirse la vocación laical sin trabajar por la transformación social del campo humano y social en el que vive o trabaja. No viviría su vocación cristiana, por ejemplo, el médico cristiano responsable y atento a los enfermos si, a la vez, no se compromete en sanar las deficiencias de un sistema de salud que privilegia a los ricos y olvida a los que no pueden pagarse los tratamientos.

La misión del laico es **transformar —ordenar según Dios- las realidades temporales**, no solamente hacerlas bien para su propia santificación. Esto es lo característico del laico y, posiblemente, lo más difícil y comprometido. "Lo que para los que pertenecen al ministerio ordenado puede constituir una tarea sobreañadida o excepcional, para los laicos es misión típica. Su vocación propia consiste en 'buscar el reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios' (LG 31)". <sup>5</sup>

### Resumiendo

La misión específica del cristiano laico consiste en 'humanizar' el mundo según el Evangelio y el proyecto de Dios: su Reino. En el mundo, en las realidades temporales es el lugar donde el laico vive y construye día a día su fidelidad el Evangelio. Y esto es lo que hay que cuidar y fomentar en la formación específica de los laicos, sin olvidar que también tienen su misión al interior de la comunidad. La Diócesis, la parroquia, los grupos de laicos deben fomentar y acompañar esta formación específica de los laicos.

Así no sucederá lo que, por el momento, parece demasiado frecuente en nuestras comunidades: cristianos laicos que participan, o son llamados por los sacerdotes a participar exclusivamente en tareas intraeclesiales, y no participan, como expresión de su vocación cristiana laical, en las tareas temporales en que viven y de las que viven. A la hora de la actuación, cuando se piensa en las prioridades pastorales, se buscan laicos para roles intraeclesiales (catequistas....). Muchos laicos son impulsados, o ellos mismos buscan, a comprometerse en tareas dentro de la comunidad. Y se pierde así su presencia en el mundo.

Esta tendencia, hecha realidad, impide que los laicos se impliquen en las realidades del mundo para su transformación.

Nos faltan cristianos laicos comprometidos, conscientes de su vocación laical, en el mundo de la familia, en la política, en la economía, en el campo de la salud, en la agricultura, en la enseñanza, en los sindicatos, en el mundo de la cultura y medios de comunicación, en la creación artística, en la industria, en la empresa, etc... (cfr. PUEBLA, 823; SANTO DOMINGO, 96).

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> Juan Pablo II. Ángelus (15 marzo 1987); Insegnamenti, X, 1 (1987), 561.

# 2.- LA MISIÓN DEL LAICO EN LA IGLESIA.

# 2.1.- Ser la Iglesia en el mundo y el mundo en la Iglesia.

Desde la vocación laical, a la que acabamos de acercarnos, podemos concretar dos afirmaciones fundamentales sobre la misión del laico.

La primera afirmación: por su vocación específica, los laicos son LA IGLESIA EN EL MUNDO. Los laicos, propiamente, no son enviados al mundo por la Iglesia, los laicos están en el mundo y allí están llamados a evangelizar en comunión con la Iglesia. "Allí (en el mundo) están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento". (LG 31. Cfr. Cfl. 15).

La misión específica del laico no está al interior de la comunidad cristiana, sino en el mundo. Pero, miembros como son de la Iglesia por el bautismo tienen su misión dentro de la Iglesia.

Pablo VI nos lo dejó escrito de esta manera: "Los seglares, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización. Su tarea primera e inmediata no es la instalación y el desarrollo de la comunidad eclesial —ésta es la función específica de los Pastores-, sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo" (EN 70).

La afirmación del Pablo VI tiene dos partes. Comienza con una negación: la tarea primera e inmediata de los laicos 'no es la instalación y el desarrollo de la comunidad eclesial'. Es decir: el laico cristiano no encarna ni vive plenamente lo específico de su vocación cristiana si sólo trabaja al interior de la Iglesia, si solamente es activo como cristiano dentro de la comunidad. "De todos modos, aunque el apostolado intraeclesial de los laicos tiene que ser estimulado, hay que procurar que este apostolado coexista con la actividad propia de los laicos, en la que no pueden ser suplidos por los sacerdotes: el ámbito de las realidades temporales" (Juan Pablo II. Ecclesia in América, 44).

La segunda afirmación de Pablo VI positiva: la vocación específica del laico lo coloca 'en el corazón del mundo (es decir: en medio del mundo, en todos los momentos y lugares, ante toda clase de personas y situaciones) y a la guía de las más variadas tareas temporales' (es decir: allí donde se desarrolla la vida y se decide la suerte del ser humano. Esto lo realiza la persona y la colectividad humanas en las actividades que configuran y sostienen la vida social).

Las realidades temporales, según el Vat. II, son: "Viven en el mundo, en todas y cada una de las profesiones y actividades del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social que forman como el tejido de la existencia". (LG 31 b).

"El mundo es para el laico su sitio eclesial y su lugar de santificación"<sup>6</sup>. Por eso, su compromiso en el mundo no puede reducirse a ser simplemente humanizante, es decir: hacerlo más humano, más habitable, más justo (aunque debe buscarlo y no secundaria u optativamente), sino que se trata de una presencia, de un compromiso explícitamente cristiano: ofrecer al mundo, sin salirse ni desentenderse de él, la salvación de Dios y posibilitar la respuesta humana.

La segunda afirmación: por su vocación específica, los laicos son EL MUNDO EN LA IGLESIA.

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup> A. Rodríguez Gracia. Premisas para una teología del laicado. Rev. Razón y Fe, julio-agosto 1987, pág. 563.

El laico debe aportar a la comunidad cristiana su experiencia como laico que vive en el mundo. Trae el mundo a la Iglesia para que la comunidad no se espiritualice alejándose del mundo. Aporta su compromiso en el mundo.

La Iglesia, cada comunidad, debe saber escuchar al laico. Él también enseña desde su fe vivida en la realidad del mundo. Todavía no se escucha y considera seriamente en la Iglesia la aportación de los laicos que recogen el eco de la vida del mundo. No solamente enseñan los obispos y los presbíteros.

Por todo esto que venimos diciendo se comprende que el C. Vaticano II nos dejase un texto, lamentablemente poco conocido y menos cumplido, con esta afirmación tan contundente: "La Iglesia no está verdaderamente fundada, ni vive plenamente, ni es signo perfecto de Cristo entre los hombres, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho". (AG 21)

# 2.2.- Corresponsabilidad, sinodalidad.

Hace unos años, D. Elías Yañez, entonces arzobispo de Zaragoza, me comentaba que algunos obispos le decían que hablaba demasiado de la corresponsabilidad de los laicos, que exageraba con lo de la corresponsabilidad. Hasta que Benedicto XVI dijo lo siguiente y sus hermanos obispos ya no se lo decían tanto. Aunque Juan Pablo II ya lo había escrito así de claro: "En razón de la común dignidad bautismal, el fiel laico es CORRESPONSABLE, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y las religiosas, de la misión de la Iglesia". (ChL 15)

Así presenta Benedicto XVI el tema de la corresponsabilidad: "En la base de este compromiso nuestro, al que os dedicáis desde hace unos meses en todas las parroquias y en las demás instancias eclesiales, tiene que haber una toma de conciencia renovada de nuestro ser Iglesia y de la corresponsabilidad pastoral que, en nombre de Cristo, todos estamos llamados a ejercer. [...] Nos preguntamos, pues, queridos hermanos y hermanas, lo siguiente: ¿En qué punto se encuentra nuestra diócesis de Roma? ¿En qué medida se reconoce y favorece la corresponsabilidad pastoral de todos, especialmente la de los laicos? [...]

¿Qué caminos debemos recorrer? [...] Es necesario, al mismo tiempo, mejorar el planteamiento pastoral, de forma que, respetando las vocaciones y las funciones de consagrado y laicos, se promueva gradualmente la corresponsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Ello exige un cambio de mentalidad, particularmente en relación con los laicos, que pase de considerar a éstos 'colaboradores' del clero a reconocerlos realmente como 'corresponsables' del ser y de la acción de la Iglesia, favoreciendo la consolidación de un laicado maduro y comprometido. Esta conciencia común de ser Iglesia, propia de todos los bautizados, no disminuye la responsabilidad de los párrocos. Os toca precisamente a vosotros, queridos párrocos, promover el desarrollo espiritual y apostólico de cuantos ya participan con asiduidad en las parroquias y en ellas operan: son el núcleo de la comunidad que servirá de fermento para los demás".<sup>7</sup>

Todos estamos llamados, todos somos necesarios. Pero con misiones distintas que no se distinguen por la 'dignidad' (como si el ministerio ordenado fuera más 'digno' que el ministerio laical), sino que se distinguen por la distinta tarea encomendada a cada vocación. Todos somos corresponsables (responsablecon, no responsables-bajo) en y de la misión de la Iglesia. Corresponsables, pero siempre en comunión. Comunión que se da y se nos pide a todos —ministerio pastoral y ministerio laical—por igual. La conciencia de corresponsabilidad en la comunión deberá llevarnos a todos a buscar la mejor manera de que todos y cada uno encontremos el modo de participar en la única misión de la Iglesia.<sup>8</sup>

<sup>&</sup>lt;sup>7</sup> Discurso en la apertura del Congreso Eclesial de la diócesis de Roma. 26 mayo 2009

<sup>&</sup>lt;sup>8</sup> Uno de los cambios más importantes y extendidos acaecidos en los últimos treinta años en la acción evangelizadora es el ensanchamiento del sujeto pastoral. El presbítero ha dejado de ser el protagonista casi único de la acción pastoral. La figura clásica del sacerdote, troquelado en la 'soledad del corredor de fondo' y cuyos auxiliares eran meros

Si es adulto en el mundo, también es adulto en la Iglesia, no sumiso obediente.

Esta realidad eclesial nace del hecho de que la **Iglesia es comunión**. Esto supone la superación del modelo de relacionarse en la Iglesia como Jerarquía-laicos, por el modelo más eclesial de comunidad-ministerios. Todos los ministerios, también el laical, al servicio la comunión. El laico tiene –ojalá también lo pidiera con más fuerza- su parte de responsabilidad en la vida de la Iglesia a partir de la experiencia secular en la que vive. Esta responsabilidad es **propia del laico**. Nadie se la puede quitar, ni él mismo puede abandonarla.

Esta misión dentro de la Iglesia tiene unas características que nacen de su condición de laico. Toda su actuación en la Iglesia debe tener ese carácter laical, no clerical. Son laicos que ejercen su responsabilidad dentro de la Iglesia desde el mundo.

Esta corresponsabilidad es fruto del carácter **sinodal** de la Iglesia. Sínodo viene de la expresión griega 'sin-odós' (hacer camino juntos, caminar juntos).<sup>9</sup>

Este carácter sinodal de la Iglesia nace de que todos los bautizados tenemos la misma dignidad y la misma misión. Poco a poco, en nuestros tiempos, después del Vaticano II se viene experimentando de manera cada vez más intensa el renacer de la necesidad y la belleza de "caminar juntos". Este "caminar juntos", es el camino que la Iglesia está llamada a proseguir hoy. Las circunstancias y los cambios sociológicos del mundo actual nos están ayudando a redescubrir lo que Dios espera de la Iglesia y lo que el mundo necesita Que nos vean caminar juntos. Caminar juntos, aun cuando ello nunca resulte fácil. Pero es esto lo que el Señor y el mundo en el que vivimos y al que estamos llamados a evangelizar nos está exigiendo a nosotros y a toda la Iglesia.

Caminar juntos: laicos, consagrados, sacerdotes, pastores, Obispo de Roma. Caminar todos juntos, escuchándonos unos a otros. Ser Iglesia de la escucha; y escuchar "es más que oír". Iglesia de la escucha recíproca, e Iglesia de la escucha del Espíritu Santo para conocer lo que Él "dice a las Iglesias".

Un camino de sinodalidad, un caminar juntos que siempre se inicia escuchándonos todos porque todos participamos de la función profética de Cristo. "Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de instrucción de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados, donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones" (EG 120). Por eso mismo, todos necesitamos el don de la escucha: escucha de Dios, hasta escuchar con él el clamor del pueblo; escucha del pueblo, hasta respirar en él la voluntad a la que Dios nos llama; escucha de la humanidad doliente y esperanzada.

Una consecuencia clara para la actuación del presbítero en la comunidad a la que es enviado: "Suscitar la corresponsabilidad. La comunión, alma de la Iglesia, se traduce, en el orden operativo, en

ejecutores, es cada vez menos frecuente. Felizmente, una porción del laicado ha tomado conciencia viva y activa no solo de su responsabilidad en la construcción de una comunidad verdaderamente humana, sino también de su corresponsabilidad en la construcción de la comunidad cristiana. (Juan María Uriarte. Obispo de San Sebastián. UNA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL PARA NUESTRO TIEMPO. Sal Terrae. Santander 2010, 39).

<sup>9</sup> Una conclusión práctica de este principio: "Los ejecutores y encargados de la programación pastoral de la Iglesia local no deben ser ni sólo el Obispo ni sólo los presbíteros. La planificación pastoral encuentra sus realizadores y sus protagonistas, ante todo, en la comunidad en su conjunto. Si no hay en los programas pastorales y también en las concretas actuaciones de los programas ya hechos, esta coparticipación, esta, diría, implicación de toda la comunidad, no podrá nunca tenerse una pastoral verdaderamente sentida, auténticamente misionera, capaz de poderse adecuar a las capacidades y a las necesidades de todos aquellos que deben ser los destinatarios y los realizadores de esta misma pastoral" (E. Bartoletti, Pastorale Della Chiesa locale, 56). Citado por Bernardo Álvarez Afonso. LA IGLESIA DIOCESANA. Tenerife 1996, pág. 253. Nota 370.

corresponsabilidad. Es más que colaboración. Entraña participar en la gestación, decisión y ejecución de las tareas pastorales. La misión del presbítero no consiste únicamente en suscitar personas corresponsables, sino en poner en pie órganos colegiados efectivos de corresponsabilidad. El viejo hábito unipersonal del sacerdote debe convertirse en estilo colegial. El equipo pastoral en torno a él y el Consejo Pastoral Parroquial son adecuada expresión y realización de la corresponsabilidad". 10

Evidentemente, lo más contrario a la corresponsabilidad es el **clericalismo.** El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define así el clericalismo

- 1. m. Influencia excesiva del clero en los asuntos políticos.
- 2. m. Intervención excesiva del clero en la vida de la Iglesia, que impide el ejercicio de los derechos a los demásmiembros del pueblo de Dios.
  - 3. m. Marcada afección y sumisión al clero y a sus directrices.

Claro está que para nosotros la definición que nos afecta es la segunda por lo que se refiere al presbítero y la tercera se refiere a laico.

Francisco habla mucho y muy claro del clericalismo como uno de los defectos más importantes en la vida de la Iglesia. Voy a recoger algunas frases.

Escuchemos a Francisco: "Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros por no encontrar espacio en sus Iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones. Si bien se percibe una mayor participación de muchos en los ministerios laicales, este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad. La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante" (EG 102).

«Un párroco sin Consejo pastoral corre el riesgo de llevar la parroquia adelante con un estilo clerical, y debemos extirpar el clericalismo de la Iglesia. El clericalismo hace mal, no deja crecer a la parroquia, no deja crecer a los laicos. El clericalismo confunde la figura del párroco, porque no se sabe si es un cura, un sacerdote o un patrón de empresa, ¿no? (Visita a la Parroquia romana de Santo Tomás Apóstol, 16-2-2014).

«Cuando falta la profecía, el clericalismo ocupa su sitio, el rígido esquema de la legalidad que cierra la puerta en la cara al hombre. Cuando en el pueblo de Dios no hay profecía, el vacío que deja lo ocupa el clericalismo. Es precisamente este clericalismo que pregunta a Jesús: ¿con qué autoridad haces estas cosas, con qué legalidad?». (Francisco, Homilía 16-12-2013).

«La tentación del clericalismo, que tanto daño hace a la Iglesia en América Latina, es un obstáculo para que se desarrolle la madurez y la responsabilidad cristiana de buena parte del laicado. El clericalismo entraña una postura autorreferencial, una postura de grupo, que empobrece la proyección hacia el encuentro del Señor, que nos hace discípulos, y hacia el encuentro con los hombres que esperan el anuncio. Por ello creo que es importante, urge, formar ministros capaces de proximidad, de encuentro, que sepan enardecer el corazón de la gente, caminar con ellos, entrar en diálogo con sus ilusiones y sus temores. Este trabajo, los obispos no lo pueden delegar. Han de asumirlo como algo fundamental para la

<sup>&</sup>lt;sup>10</sup> Juan María Uriarte (Obispo emérito de San Sebastián). SERVIDORES DE LA COMUNIDAD. Rev. Sal Terrae. Noviembre 2010, 903.

vida de la Iglesia sin escatimar esfuerzos, atenciones y acompañamiento. Además, una formación de calidad requiere estructuras sólidas y duraderas, que preparen para afrontar los retos de nuestros días y poder llevar la luz del Evangelio a las diversas situaciones que encontrarán los presbíteros, los consagrados, las consagradas y los laicos en su acción pastoral». (Vídeomensaje a los participantes en la peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe [Ciudad de México, 16-19 de noviembre 2013], 16-11-2013).

«Creo que éste es el tiempo de la misericordia. Este cambio de época, junto a tantos problemas de la Iglesia —como el testimonio impropio de algunos sacerdotes, los problemas de corrupción en la Iglesia, el problema del clericalismo, por poner un ejemplo—, ha dejado a muchos heridos, tantos heridos" Francisco, Conferencia de prensa del Santo Padre durante el vuelo de regreso a Roma, 28-7-2013.

«La enfermedad típica de la Iglesia encerrada es la autorreferencial; mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar «la dulce y confortadora alegría de evangelizar». (Francisco, A los participantes de la 105 Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina, 25-3-2013)

#### Sobre la clericalización de los laicos

[El clericalismo] «es uno de los males de la Iglesia. Pero es un mal «cómplice», porque a los sacerdotes les agrada la tentación de clericalizar a los laicos; pero muchos laicos, de rodillas, piden ser clericalizados, porque es más cómodo, jes más cómodo! ¡Y este es un pecado de ambas partes! Debemos vencer esta tentación. El laico debe ser laico, bautizado, tiene la fuerza que viene de su bautismo. Servidor, pero con su vocación laical, y esto no se vende, no se negocia, no se es cómplice del otro... No. ¡Yo soy así! Porque allí está en juego la identidad. En mi tierra oía muchas veces esto: «¿Sabe? En mi parroquia hay un laico honrado. Este hombre sabe organizar... Eminencia: ¿por qué no lo hacemos diácono?». Es la propuesta inmediata del sacerdote: clericalizar. A este laico hagámoslo... ¿Y por qué? ¿Porque es más importante el diácono, el sacerdote, que el laico? ¡No! ¡Este es un error! ¿Es un buen laico? Que siga así y crezca así. Porque allí está en juego la identidad de la pertenencia cristiana. Para mí, el clericalismo impide el crecimiento del laico. Pero tened presente lo que he dicho: es una tentación cómplice entre dos. Porque no habría clericalismo si no hubiera laicos que quieren ser clericalizados». (Francisco, Discurso a los miembros de la Asociación "Corallo", 22-3-2014)

«El clericalismo es también una tentación muy actual en Latinoamérica. Curiosamente, en la mayoría de los casos, se trata de una complicidad pecadora: el cura clericaliza y el laico le pide por favor que lo clericalice, porque en el fondo le resulta más cómodo. El fenómeno del clericalismo explica, en gran parte, la falta de adultez y de cristiana libertad en parte del laicado latinoamericano. O no crece (la mayoría), o se acurruca en cobertizos de ideologizaciones como las ya vistas, o en pertenencias parciales y limitadas». (Francisco, Encuentro con el Comité de coordinación del Celam en Río de Janeiro, 28-7-2013).

#### **Benedicto XVI**

"Sabemos que el clericalismo es una tentación de los sacerdotes de todos los siglos, también hoy; por eso, es muy importante encontrar el modo verdadero de vivir la Eucaristía, que no es estar cerrados al mundo, sino precisamente estar abiertos a las necesidades del mundo". (Vigilia con ocasión del Encuentro internacional de los sacerdotes, 10-6-2010).

Es muy sugerente y muy comprometido lo que Benedicto XVI nos dice en este texto. Clericalismo es estar cerrado al mundo. Y ese clericalismo se manifiesta incluso cuando vivimos la Eucaristía de un modo cerrado a lo que nos rodea. O creemos los presbíteros que la presidencia de la Eucaristía nos hace dueños de la comunidad.

Y es que "el clericalismo es una señal de una falta de fe, una falta de confianza: confianza en Dios, en los demás y, en último término, en uno mismo"<sup>11</sup>.

## 3.- SALIR, CAMINAR Y SEMBRAR SIEMPRE DE NUEVO

Al abordar la tercera parte, que podríamos llamar 'práctica', aunque no de recetas porque las recetas no existen en pastoral, querría recordar algunos principios que todos conocemos pero que quizás no tenemos en cuenta en nuestra vida cristiana diaria.

Aspectos que no son espiritualistas -a veces son acusados de eso-; ni justificadores de actitudes pasivas; ni mucho menos tranquilizadores de conciencias. Intentar ir a la raíz de lo que supone creer en Jesús, saberse animados por el Espíritu y siempre acompañados por el amor del Padre.

Pero sí son espirituales en su genuino sentido cristiano. La acción pastoral nuestra y de la Iglesia, o nuestro compromiso apostólico, no se sostiene en sí misma y por sí misma. Su fuerza, fundamento y originalidad radican en la espiritualidad que la anima.

Espiritualidad en sentido cristiano viene del Espíritu Santo, pues, cristianamente hablando, no puede haber más espiritualidad que la que viene del Espíritu Santo. En este sentido, hablar de espiritualidad significa reconocer que el Espíritu es el que nos mueve a amar a los hermanos y el que nos anima, alienta, orienta y da fuerza en el servicio del amor, en nuestro testimonio.

# 3.1.- EL ESPÍRITU SANTO, ALMA Y PRINCIPAL AGENTE DE LA PASTORAL DE LA IGLESIA

"No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que **ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia,** para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante las dificultades y resistencias. Este es el mejor servicio -|su servicio!- que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones".<sup>12</sup>

"Entre lo que ponemos nosotros y lo que pone el Espíritu Santo es inmensamente más importante la acción del Espíritu, pero nosotros nos hemos de disponer a recibir todo aquello que el Espíritu nos quiere dar y nos quiere comunicar, y a llevarlo a la práctica con nuestra colaboración, esfuerzo y creatividad pastoral.

El Espíritu Santo no puede ser considerado como un suplente de las deficiencias humanas, sino como Aquel que actúa conjuntamente con las acciones del hombre (cf. AG 4); el reconocimiento del protagonismo del Espíritu no puede ser motivo para justificar la pasividad o para renunciar a la fatiga de buscar y llevar a cabo aquello que más conviene; como dice San Pablo, la salvación hay que trabajarla, y no de cualquier modo, sino siguiendo la moción del propio Espíritu, que es quien suscita en nosotros el querer y el actuar según sus benévolos designios (cf. Fil 2,12-13). El Reino de Dios que debe ser recibido como gracia, al mismo tiempo ha de ser conquistado con esfuerzo (cf. Mt 11,12); y, como dice el Concilio, 'la Iglesia se ve impulsada por el Espíritu Santo a poner todos los medios para que se cumpla el Plan de Dios' (LG 17). De ahí que, por obediencia al Espíritu y al servicio de su acción salvífica, se deben buscar y emplear los mejores recursos humanos: 'recrear con audacia y sabiduría, en plena fidelidad a su contenido, los modos más adaptados y eficaces para comunicar el mensaje evangélico' (EN 40)". 13

\_

<sup>&</sup>lt;sup>11</sup> **Michael Perry**, ministro general de la orden de los Frailes Menores. (Citado por Cameron Doody - Religión Digital - 21 de abril de 2017)

<sup>&</sup>lt;sup>12</sup> CELAM. Aparecida, 14.

<sup>&</sup>lt;sup>13</sup> Bernardo Álvarez Afonso. LA IGLESIA DIOCESANA. Tenerife 1996. Pág. 276-277.

Así nos lo recuerda con fuerza el papa Francisco: "La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia. No hay acciones humanas, por más buenas que sean, que nos hagan merecer un don tan grande. Dios, por pura gracia, nos atrae para unirnos a sí. Él envía su Espíritu a nuestros corazones para hacernos sus hijos, para transformarnos y para volvernos capaces de responder con nuestra vida a ese amor. La Iglesia es enviada por Jesucristo como sacramento de la salvación ofrecida por Dios. Ella, a través de sus acciones evangelizadoras, colabora como instrumento de la gracia divina que actúa incesantemente más allá de toda posible supervisión. Bien lo expresaba Benedicto XVI al abrir las reflexiones del Sínodo: «Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera viene de Dios y sólo si entramos en esta iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser —con Él y en Él— evangelizadores». El principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización". 14

Ninguno de nosotros, ni siquiera la Iglesia, somos los salvadores de nadie. Sólo Jesús es nuestro Señor y Salvador. Nosotros solo somos unos pobres siervos llamados a la inmerecida misión de colaborar. "Ni el que planta es nada, ni tampoco el que riega; sino Dios, que hace crecer" (1 Cor 3,7).

#### 3.2.- SOMOS SAL Y LUZ

Probablemente, una de las comparaciones de Jesús que más repetimos es aquella de "Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo" (Mt 5,13.14). Es de las más fáciles de entender, no tanto de llevar a la vida. No por la dificultad en sí misma de vivirla, sino porque nos pide no sentirnos ni querer ser protagonistas, sino simplemente ser sal y luz. Lo duro de la comparación de Jesús se dirige justamente a cuando la sal y la luz dejan de ser lo que son. Entonces ya no sirven para nada.

La sal que no se mezcla con otros alimentos es incomestible. La luz que se quiere imponer nos ofusca, nos deja ciegos, no nos deja ver.

#### La entrega servidora, gratuita y humilde de la sal y de la luz

Por eso nadie come sal. Pero es importante para la comida porque, al diluirse, enriquece el sabor de la comida, da sabor distinto a cada alimento. La luz no se ilumina a sí misma, no luce para sí, sino 'para iluminar los rostros y las cosas para mostrarnos su belleza. La lámpara no se pone en el candelero para ser admirada, sino para dar luz a los de casa. Es la entrega servidora, gratuita y humilde de la sal y de la luz. No buscan ni atraen la atención sobre sí mismas, no se ponen en el centro, sino que dan valor a lo que encuentran.

Así es como está llamada a ser la vida y la misión de la Iglesia y de todo discípulo del Señor. Siempre que buscamos éxitos evangelizadores, cuando lamentamos quejumbrosamente que la Iglesia no sea fuerte en el mundo actual, siempre que anhelamos reconocimientos y aplausos, siempre que negamos u ocultamos nuestros trapos sucios, cuando pensamos siempre en negativo sobre el mundo y la Iglesia... hemos dejado de ser sal y luz. Cuando buscamos ser el centro, lo perdemos. Porque el centro sólo es Jesús, ni la Iglesia, ni nosotros los bautizados.

Nuestra vida –sencilla, humilde, fiel, servicial- nos convierte en sal que da sabor bueno a nuestro mundo y en luz que hace brillar la belleza de todo y de todos. Porque ayuda a descubrir o a encontrarse con Jesús a quienes buscan sabor o profundidad a la vida.

#### Sal y luz, encarnación en lo otro

Hay un servicio descendente de la sal y de la luz. La luz se desparrama sobre las cosas y nos las devuelve bellas. La sal se mezcla como la levadura en la masa y resucita en sabores distintos. Es un movimiento de encarnación.

12

<sup>&</sup>lt;sup>14</sup> EG 112. La forma **negrita** es de Jesús Moreno.

Esto hizo Jesús. Es el misterio amoroso de la Encarnación. Esto hacen la luz y la sal. Esa es nuestra misión, nuestra entrega, nuestro testimonio.

Observamos la luz sobre las cosas, entre las cosas, y su acción es suave, silenciosa, acaricia todo lo que ilumina (un exceso de luz no ilumina, como no evangeliza una Iglesia fuerte y poderosa según este mundo). Y así hace surgir claridad, belleza, colores, realidad, a veces bella, a veces dura, pero realidad.

También la Iglesia y nosotros, con ella y en ella, somos enviados a tener miradas luminosas y misericordiosas a nuestro alrededor para ayudar, como parteras, a que salgan a la luz todo lo más bello que hay en la persona humana y en nuestro mundo. Para que esa belleza descubierta se convierta es comunicadora de luz a los rincones oscuros de la existencia humana. Jesús y con él, la Iglesia, nosotros, guardianes y animadores de la belleza del mundo.

Observemos también la sal. Mientras permanece en su paquete, encerrada en un cajón de la cocina, no sirve para nada. Su finalidad es salir, entregarse, disolverse para preservar lo bueno y dar sabor a los alimentos que toca. Se da y desaparece.

A esto está llamada la Iglesia y nosotros con ella y en ella. La Iglesia que se da y desaparece, se da y goza dándose. Si se encierra o nos encerramos en nosotros mismos; si no participamos de las esperanzas, alegrías y tristezas de las personas, si no somos sensibles ni nos abrimos a los demás... podemos no tener pecados, pero vivimos en una situación de pecado. Al menos, de omisión.

"La sal, la luz no tienen la finalidad de perpetuarse a sí mismas, sino de derramarse. No son su fin, sino un medio. Lo mismo ocurre con la Iglesia (y con nosotros): no es un fin en sí misma, es un medio para hacer más buena y más bella la vida de las personas y dar sabor y belleza al mundo. Si nuestro anuncio de Cristo no anima la vida, no es a Cristo a quien anunciamos". 15

#### Consecuencias de esta comparación

La primera es exigente y seria. Si la misión de la sal y la luz es, como hemos descrito, dar sabor e iluminar, pierdo el sabor como cristiano y no sirvo para nada si en mi vida, en mi actuar no me distingo de los demás, del ambiente, si me parezco al mundo más que a Jesús. Porque he olvidado aquello que nos dijo Jesús: "Entre vosotros no ha de ser así" (Cfr. Mt 20,26 y par.), o aquello otro: "Oísteis que se dijo, pero yo os digo" (Cfr. Mt 5,21-48). No basta ser creyentes, cristianos, estamos llamados a ser creíbles. Tenemos un poder enorme: el de hacer no creíble nuestro anuncio viviendo una vida mustia e insípida. 16

La segunda consecuencia es realmente serenante, no alienante: no nos debe preocupar a cuántos logramos iluminar o ayudamos a descubrir su verdadero sabor. No importa ser visibles o relevantes, ser admirados o ignorados, sino ser guardianes de la luz y distribuidores de sal. Lo demás es 'cosa de Dios'. A nosotros nos corresponde seguir siendo siempre sembradores. El crecimiento y la cosecha es 'cosa de Dios'. Esto nos libra de la angustia, de la desilusión, del negativismo, del insano y paralizante sentimiento de culpa. Porque si intentamos ser consecuentes con nuestra fe, somos sal y luz incluso sin saberlo, sin darnos cuenta. Y no nos gloriaremos ni perderemos la esperanza.

Nuestro mérito y el don del Padre es la fidelidad, no la buena cosecha. Si ésta viene, bienvenida será. Pero el amor y el trabajo del Padre, que siempre trabaja, no se detendrán y seguirá dando fruto aquí o allá, aquí y allá. Jesús seguirá con nosotros hasta el final de los tiempos. Y el Espíritu Santo nos acompañará y nos iluminará.

<sup>&</sup>lt;sup>15</sup> ERMES RONCHI. *Las Preguntas ESCUETAS del Evangelio*. 2016 Paulinas. Madrid 44-45. Este apartado está basado en este mismo libro

<sup>&</sup>lt;sup>16</sup> Ibídem, 50

#### 3.3.- EL TESTIMONIO DE VIDA.

Estas dos premisas anteriores nos capacitan interior y espiritualmente para captar en toda su profunda realidad lo que Pablo VI llama "el primer medio de evangelización": "para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites. "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan — decíamos recientemente a un grupo de seglares—, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio". San Pedro lo expresaba bien cuando exhortaba a una vida pura y respetuosa, para que si alguno se muestra rebelde a la palabra, sea ganado por la conducta<sup>17</sup>. Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra de santidad" (EN. 41): el testimonio de vida. Es el primero porque en él y sólo en él manifestamos creer en lo que decimos. Y es el primero porque está al alcance de todos los cristianos. De todos. Y, sobre todo, porque es la misión el Señor nos encomendó: Porque "recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos hasta el confín de la tierra" (Hch 1,8)

Sin este aspecto es imposible humanamente hablando que la evangelización se lleve a cabo. La persona humana siempre ha valorado más la autoridad que procede de un testigo que vive lo que dice. La calidad de un mensaje se mide por la calidad de quien lo propone. Esto también vale para la evangelización, aunque siempre hay que contar con la acción libre del Espíritu. Porque en definitiva quien convierte es el Espíritu, no nosotros ni la Iglesia.

"El primer apostolado de los cristianos en el mundo consiste en **presentar con su vida** el esplendor de la vida humana redimida por Jesucristo, santificada por el Espíritu Santo y levantada a la condición de la filiación divina. Mostrando una vida diferente, dignificada, pacificada, santificada por el don de Dios, los cristianos son verdaderos continuadores de la obra de Jesús en el anuncio de la paternidad de Dios y la inminencia de su Reino en el mundo. A partir de este **apostolado básico del testimonio**, el cristiano puede y debe ayudar expresamente a sus vecinos a conocer a Cristo, a creer en Él, y por Él conocer y adorar al Dios de la salvación. Toda la Iglesia es testimoniante, evangelizadora, signo de salvación, difusora de la fe y servidora del anuncio y del crecimiento del Reino de Dios en el mundo. En la dinámica normal de la vida cristiana entra el anuncio de Jesucristo, la comunicación de su palabra, la invítación a conocer y aceptar los dones de la salvación".<sup>18</sup>

El testimonio prueba la fidelidad a lo que se anuncia. Porque el testimonio es presentar en la práctica lo que se anuncia en teoría. El testimonio es un criterio de verificación de la validez de los valores que se defienden; es decir, el modo que los seguidores de Jesús tenemos para mostrar nuestra comprensión y la adhesión verdadera a la persona de Jesús en la sociedad que nos toca vivir. Cuando no se da ese testimonio de identidad cristiana, se está negando en la vida lo que se proclama con la palabra. Es la diferencia entre el testigo y el charlatán, entre el maestro y el doctrinario. Por eso en la Iglesia "la vida íntima —la vida de oración, la escucha de la Palabra y de las enseñanzas de los Apóstoles, la caridad fraterna vivida, el pan compartido- no tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Nueva" (EN. 15).

Una vida de testimonio sólo tiene una fuente: Dios, su Espíritu, y la **experiencia de ese Dios personalmente vivida**, el encuentro personal con Él alimentado del Pan y de la Palabra (sacramentos y Sda. Escritura), de la oración personal y comunitaria; en actitud de conversión permanente al Padre y a los

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Cf. 1 *Pe.* 3, 1.

<sup>&</sup>lt;sup>18</sup> FERNANDO SEBASTIÁN. Los fieles laicos, Iglesia presente y actuante en el mundo II. Ponencia en el Congreso de Apostolado Seglar, 12-14 noviembre 2004.

hermanos; robustecida y mantenida la fe, nacida del encuentro personal, en comunidad eclesial, en la comunión de la Iglesia.

El testimonio se realizará por la acción y la palabra. Al hombre moderno, tocado de increencia y de pragmatismo, sólo le puede provocar el testimonio de unos creyentes que viven gozosa y responsablemente una fe para él "inútil". De ahí que la mentalidad del hombre y de la sociedad actual, antes que plantearse la credibilidad de un mensaje, observa y exige la credibilidad del mensajero. Los gestos más asequibles y verdaderos, para este hombre, no son los sacramentales, el lenguaje más inteligible no es el religioso separado o alejado de la vida. Lo primero que puede captarle son los gestos y el lenguaje hecho vida humana digna, liberada, comprometida, servicial gratuitamente, esperanzada. 19

Pero para que la acción sea evangelizadora, ha de ir acompañada del anuncio, de la palabra que explicite la razón profunda de por qué se actúa así. La palabra sólo es vehículo de evangelización cuando va acompañada de hechos que la hacen verdadera (Lo peor que nos podría pasar es que nos compararan con los políticos en tiempo de elecciones). Pero nuestra acción ha de ir acompañada de una confesión pública de la fe que sea, desde los hechos, palabra crítica y servicio auténtico a la construcción de una sociedad justa y fraterna.

El verdadero testimonio brota de manera espontánea y sencilla de la experiencia de fe, del encuentro personal con Jesucristo, cuando son vividos con fidelidad y gozo verdaderos. El testimonio no es algo añadido a la fe, como si fuera un propósito piadoso. Brota de la experiencia de fe. No es auténtica la fe que no siente la necesidad de comunicarse.

#### El testimonio de la comunión

En el momento actual de la humanidad, nuestro mundo necesita el testimonio de la comunión entre los cristianos, tal como nos recuerda Francisco en EG:

#### No a la guerra entre nosotros

98. Dentro del Pueblo de Dios y en las distintas comunidades, ¡cuántas guerras! En el barrio, en el puesto de trabajo, ¡cuántas guerras por envidias y celos, también entre cristianos! La mundanidad espiritual lleva a algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos que se interponen en su búsqueda de poder, prestigio, placer o seguridad económica. Además, algunos dejan de vivir una pertenencia cordial a la Iglesia por alimentar un espíritu de «internas». Más que pertenecer a la Iglesia toda, con su rica diversidad, pertenecen a tal o cual grupo que se siente diferente o especial.

99. El mundo está lacerado por las guerras y la violencia, o herido por un difuso individualismo que divide a los seres humanos y los enfrenta unos contra otros en pos del propio bienestar. En diversos países resurgen enfrentamientos y viejas divisiones que se creían en parte superadas. A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pediros especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: «En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis unos a otros» (Jn 13,35). Es lo que con tantos deseos pedía Jesús al Padre: «Que sean uno en

<sup>&</sup>quot;En efecto, cuando según la opinión de muchos la fe católica ha dejado de ser patrimonio común de la sociedad, y se la ve a menudo como una semilla acechada y ofuscada por "divinidades" y por los señores de este mundo, será muy difícil que la fe llegue a los corazones mediante simples disquisiciones o moralismos, y menos aún a través de genéricas referencias a los valores cristianos. El llamamiento valiente a los principios en su integridad es esencial e indispensable; no obstante, el mero enunciado del mensaje no llega al fondo del corazón de la persona, no toca su libertad, no cambia la vida. Lo que fascina es sobre todo el encuentro con personas creyentes que, por su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio de Él. Me vienen a la mente aquellas palabras del Papa Juan Pablo II: "La Iglesia tiene necesidad sobre todo de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad entre los 'fieles de Cristo', porque de la santidad nace toda auténtica renovación de la Iglesia, todo enriquecimiento de la inteligencia de la fe y del seguimiento cristíano, una reactualización vital y fecunda del cristianismo en el encuentro con las necesidades de los hombres y una renovada forma de presencia en el corazón de la existencia humana y de la cultura de las naciones" (juan Pablo II. Discurso en el vigésimo aniversario de la promulgación del decreto conciliar AP, 18 noviembre 1985).

nosotros [...] para que el mundo crea» (Jn 17,21). ¡Atención a la tentación de la envidia! ¡Estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto! Pidamos la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos.

100. A los que están heridos por divisiones históricas, les resulta difícil aceptar que los exhortemos al perdón y la reconciliación, ya que interpretan que ignoramos su dolor, o que pretendemos hacerles perder la memoria y los ideales. Pero si ven el testimonio de comunidades auténticamente fraternas y reconciliadas, eso es siempre una luz que atrae.

Por ello me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?

101. Pidamos al Señor que nos haga entender la ley del amor. ¡Qué bueno eş tener esta ley! ¡Cuánto bien nos hace amarnos los unos a los otros en contra de todo! Sí, ¡en contra de todo! A cada uno de nosotros se dirige la exhortación paulina: «No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien» (Rm 12,21). Y también: «¡No nos cansemos de hacer el bien!» (Ga 6,9). Todos tenemos simpatías y antipatías, y quizás ahora mismo estamos enojados con alguno. Al menos digamos al Señor: «Señor yo estoy enojado con éste, con aquélla. Yo te pido por él y por ella». Rezar por aquel con el que estamos irritados es un hermoso paso en el amor, y es un acto evangelizador. ¡Hagámoslo hoy! ¡No nos dejemos robar el ideal del amor fraterno!

# **CONCLUSIÓN**

Siempre es hora de actuar. Siempre es hora y lugar de ser testigos. Personal y comunitariamente. En la vida diaria, sencilla, de relaciones cercanas y en el compromiso social, como movimientos cristianos que se ayudan para la misión y mezclados entre grupos y organizaciones que, sin ser cristianas, trabajan por un mundo nuevo.

Los pasados 27 y 30 de abril, Francisco dirigió a la Acción Católica Italiana dos discursos, cuya lectura aquí hubiera sido mucho más interesante y comprometedora que mis palabras. Su mensaje es válido no solo para la Acción Católica. Por su claridad, no me resisto a leer algunos párrafos de esos mensajes que son válidos para todo cristiano discípulo-misionero:

Eviten caer en la tentación perfeccionista de la eterna preparación para la misión y de los eternos análisis, que cuando se terminan ya pasaron de moda o están desactualizados. El ejemplo es Jesús con los apóstoles: los enviaba con lo que tenían. Después los volvía a reunir y los ayudaba a discernir sobre lo que vivieron.

Que la realidad les vaya marcando el ritmo y dejen que el Espíritu Santo los vaya conduciendo. Él es el maestro interior que va iluminando nuestro obrar cuando vamos libres de presupuestos o condicionamientos. Se aprende a evangelizar evangelizando, como se aprende a rezar rezando si tenemos el corazón bien dispuesto. Todos pueden misionar aunque todos no puedan salir a la calle o al campo.

Es necesario que (LOS LAICOS) la Acción Católica esté presente en el mundo político, empresarial, profesional, pero no para creerse los cristianos perfectos y formados sino para servir mejor.

Es imprescindible que (LOS LAICOS) la Acción Católica esté en las cárceles, los hospitales, en la calle, las villas, las fábricas. Si no es así, va a ser una institución de exclusivos que no le dice nada a nadie, ni a la misma Iglesia.

Quiero (UNOS LAICOS) una Acción Católica en este pueblo, la parroquia, en la diócesis, en el país, barrio, en la familia, en el estudio y el trabajo, en lo rural, en los ámbitos propios de la vida. En estos nuevos areópagos es donde se toman decisiones y se construye la cultura.

Compartir la vida de la gente y aprender a descubrir por dónde van sus intereses y sus búsquedas, cuáles son sus anhelos y heridas más profundas; y qué es lo que necesitan de nosotros. Esto es fundamental para no caer en la esterilidad de dar respuestas a preguntas que nadie se hace. Los

modos de evangelizar se pueden pensar desde un escritorio pero después de haber andado en medio del pueblo y no al revés.

Agudicen la mirada para ver los signos de Dios presentes en la realidad sobre todo en las expresiones de religiosidad popular. Desde ahí podrán comprender más el corazón de los hombres y descubrirán los modos sorprendentes desde los que Dios actúa más allá de nuestros conceptos.

No clericalicen al laicado. Que la aspiración de sus miembros no sea formar parte del sanedrín de las parroquias que rodean al cura sino la pasión por el reino. Pero no se olviden de plantear el tema vocacional con seriedad. Escuela de santidad que pasa necesariamente por descubrir la propia vocación, que no es ser un dirigente o capillero diplomado sino, por sobre todas las cosas: un evangelizador. (Discurso del día 27 de abril)

Los animo a seguir siendo un pueblo de discípulos-misioneros que vive y da testimonio de la alegría de saber que Dios nos ama con un amor infinito, y que junto a Él aman profundamente la historia en la que vivimos.

Hagan de la acogida y el diálogo un estilo con el cual acercarse unos a otros, experimentando la belleza de una responsabilidad compartida. No se cansen de recorrer el camino a través del cual es posible hacer crecer el estilo de una auténtica sinodalidad, un modo de ser Pueblo de Dios en el que cada uno puede contribuir a una lectura atenta, meditada, orante de los signos de los tiempos, para comprender y vivir la voluntad de Dios, con la certeza de que la acción del Espíritu Santo actúa y hace nuevas cada día todas las cosas.

Sientan fuerte dentro de ustedes la responsabilidad de lanzar la buena semilla del Evangelio en la vida del mundo, a través del servicio de la caridad, compromiso político, la pasión por la educación y la participación en el desarrollo cultural.

Permanezcan abiertos a la realidad que les rodea. Busquen sin miedo el diálogo con quienes viven al lado de ustedes, con quienes piensan diferente pero que como ustedes desean la paz, la justicia la fraternidad. Es con el diálogo como se puede asegurar un futuro compartido. Es a través del diálogo como construimos la paz, cuidando a todos y dialogando con todos. (Discurso dl día 30)

Si hemos comenzado hablando de la alegría, vamos a terminar recordando la actitud que nos convierte en testigos de Jesús: la esperanza. La esperanza pertenece a lo esencial de la vida cristiana y, por tanto, sin ella, nunca seremos verdaderos testigos del Señor. Sin ella, la fe y el amor no se sostienen en medio de las dificultades que encontramos en la vida cristiana. Pertenece, sí, a lo esencial y permanente, pero, además, creo que hoy debemos darle una centralidad importante tanto en nuestra actitud personal como en la vida eclesial para servicio del mundo que, ciertamente, sí la necesita: ESPERANZA.

Si los cristianos no somos siempre personas de esperanza es porque no estamos enraizados en Dios, sino en nosotros y, como consecuencia, aturdidos ante la resistencia al Mensaje, los desprecios e incluso las derrotas concretas. Nietzche acertó en la razón por la que nos acusó de personas desesperanzadas: "Aquél a quien ellos llaman redentor los arrojó en cadenas... Mejores canciones tendrían que cantarse para que yo aprendiera a creer en su redentor. ¡Más redimidos tendrían que parecerme los discípulos de éste!"<sup>20</sup>.

La esperanza no consiste en resistir haciendo lo mismo 'porque ya descampará' y volverán los buenos tiempos; entonces, resistamos. No. La actitud de esperanza cristiana nace y se afianza en el Espíritu Santo. Se anima buscando lo que de positivo hay en toda situación social y religiosa, por tanto también en la actual en la que también sigue actuando el Espíritu Santo; sin olvidar lo negativo; pero siempre desde la fidelidad al Espíritu y desde el servicio gratuito a nuestros hermanos. Esperanza que no se cruza de brazos esperando todo del cielo ni se queda plantada mirando al cielo (Cfr Hch 1,11), sino que reflexiona y ora, planifica y trabaja, confía y es responsable. La esperanza, cuando existe en una persona, es así, se manifiesta así.

F. Nietzche. ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA. Citado por JUAN RUIZ DE LA PEÑA en Crisis y apología de la fe. Sígueme, pág. 237.

Una primera característica de todo cristiano discípulo-misionero ha de ser la esperanza. Sin ella, nada se puede hacer. Nada se edifica, nada se hace porque no se cree en el Espíritu que actúa, sino solamente en nuestras fuerzas y características personales. La esperanza nace de la confianza en el Espíritu y en las personas; la esperanza planifica, programa, evalúa. La esperanza cristiana no acepta ni la improvisación (no programar, no preparar ni agentes ni acciones pastorales), ni el activismo (estar siempre haciendo acciones distintas, muchas, no detenerse a pensar, a orar, a compartir...), ni repetición (la rutina, hacer siempre lo mismo y con los mismos).

Hemos de mantener siempre "el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo –como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia- con un ímpetu interior que nada ni nadie sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo" (EN 80).

Uno de los muchos textos escriturísticos que reflejan y animan a la esperanza que debe empapar todo nuestra acción pastoral es el que encontramos en ls 43,18-19: "No recuerden las cosas pasadas, no piensen en lo antiguo. Miren, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando ¿no lo notan? Trazaré un camino en el desierto, senderos en la estepa".

Y, después de todo lo dicho, después de lo que hayamos hecho, sólo nos queda y nos quedará ser agradecidos por haber podido evangelizar y decir: "SOMOS UNOS POBRES SIERVOS: HEMOS HECHO LO QUE TENÍAMOS QUE HACER" (Lucas 17,10).<sup>21</sup>

Porque hemos sido agraciados por el Señor.

Porque hemos sufrido con el Señor.

Porque hemos servido a los hermanos.

Porque hemos gozado.

Porque nuestra recompensa aquí es haber sido elegidos para anunciar el Evangelio. (Cfr. 1 Cor 9,18).

<sup>&</sup>lt;sup>21</sup> "d) La experiencia pacífica del servidor inútil. Servidor 'inútil' no significa 'inservible', sino que designa a aquel que es únicamente servidor y no sujeto de derechos ante Dios (doûlos). Él 'sirve solo para servir'. La sabiduría nos enseña a adoptar esta posición con serenidad y paz. A medida que le van quitando las cosas, se siente despojado, pero no expoliado. Ha aprendido a vivir 'en hambre y en hartura'. Sabe 'arreglárselas en cualquier situación'. Dicho el hombre al que el Espíritu va regalando esta sabiduría. (Juan Mª Uriarte. SERVIR COMO PASTORES. Claves de la espiritualidad sacerdotal. Sal Terrae. Santander 2011, 40)

#### Francisco, a la Acción Católica

"¡Contagien la alegría de la fe! No caigan en la tentación del estructuralismo"

"Todos tienen derecho a ser evangelizadores"

"Estén presentes en el mundo político, empresarial, profesional, en las cárceles, los hospitales, las villas, las fábricas"

#### 27 de abril de 2017

Queridos hermanos y hermanas:

Les saludo con ocasión de la celebración del este Congreso internacional de Acción Católica, que tiene como tema: «Acción Católica es misión con todos y para todos». Me gustaría compartir con ustedes algunas inquietudes y consideraciones.

### Carisma - recreación a la luz de Evangelii gaudium

Históricamente la Acción Católica ha tenido la misión de formar laicos que asuman su responsabilidad en el mundo. Hoy, concretamente, es la formación de discípulos misioneros. Gracias porque han asumido decididamente la Evangelii Gaudium como carta magna.

El carisma de la Acción Católica es el carisma de la misma Iglesia encarnada entrañablemente en el hoy y en el aquí de cada Iglesia diocesana que discierne en contemplación y mirada atenta la vida de su pueblo, y busca renovados caminos de evangelización y de misión desde las distintas realidades parroquiales.

La Acción Católica ha tenido tradicionalmente cuatro pilares o patas: la Oración, la Formación, el Sacrificio y el Apostolado. De acuerdo a cada momento de su historia se ha apoyado primero una pata y después las otras. Así, en algún momento, lo más fuerte fue la oración o la formación doctrinal. Dadas las características de este momento el apostolado tiene que ser lo distintivo y es la pata que se apoya primero. Esto no es en desmedro de las otras realidades sino, muy por el contrario, lo que las provoca. El apostolado misionero necesita oración, formación y sacrificio. Esto parece muy claro en Aparecida y la Evangelii Gaudium. Hay un dinamismo integrador en la misión.

**Formen**: ofreciendo un proceso de crecimiento en la fe, un itinerario catequístico permanente orientado a la misión, adecuado a cada realidad, apoyados en la Palabra de Dios, para animar una feliz amistad con Jesús y la experiencia de amor fraterno.

**Recen**: en esa santa extroversión que pone el corazón en las necesidades del pueblo, en sus angustias, en sus alegrías. Una oración que camine, que los lleve bien lejos. Así evitarán estar mirándose continuamente a sí mismos.

Sacrifíquense: pero no para sentirse más pulcros, sacrificio generoso es el que hace bien a los otros. Ofrezcan su tiempo buscando cómo hacer para que los otros crezcan, ofrezcan lo que hay en los bolsillos compartiendo con los que menos tienen, ofrezcan sacrificadamente el don de la vocación personal para embellecer y hacer crecer la casa común.

## Renovar el compromiso evangelizador - diocesaneidad - parroquias

La misión no es una tarea entre tantas en la Acción Católica, sino que es la tarea. La Acción Católica tiene el carisma de llevar adelante la pastoral de la Iglesia. Si la misión no es su fuerza distintiva se desvirtúa la esencia de la Acción Católica y pierde su razón de ser.

Es vital renovar y actualizar el compromiso de la Acción Católica para la evangelización, llegando a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, a todas las periferias existenciales, de verdad y no como una simple formulación de principios.

Esto implica replantear sus planes de formación, sus formas de apostolado y hasta su misma oración para que sean esencialmente, y no ocasionalmente, misioneros. Abandonar el viejo criterio: porque siempre se ha hecho así. Hay cosas que han sido realmente muy buenas y meritorias que hoy quedarían fuera de contexto si las quisiéramos repetir.

La Acción Católica tiene que asumir la totalidad de la misión de la Iglesia en generosa pertenencia a la Iglesia diocesana desde la Parroquia.

La misión de la Iglesia universal se actualiza en cada Iglesia particular con su propio color, asimismo la Acción Católica cobra vida auténtica respondiendo y asumiendo como propia la pastoral de cada Iglesia diocesana en su inserción concreta desde las parroquias.

La Acción Católica tiene que ofrecer a la Iglesia diocesana un laicado maduro que sirva con disponibilidad a los proyectos pastorales de cada lugar como un modo de realizar su vocación. Necesitan encarnarse concretamente.

No pueden ser de esos grupos tan universales que no hacen pie en ningún lado, que no responden a nadie y andan buscando lo que más les gusta de cada lugar.

# Agentes - Todos sin excepción

Todos los miembros de la Acción Católica son dinámicamente misioneros. Los chicos evangelizan a los chicos, los jóvenes a los jóvenes, los adultos a los adultos, etc. Nada mejor que un par para mostrar que es posible vivir la alegría de la fe.

Eviten caer en la tentación perfeccionista de la eterna preparación para la misión y de los eternos análisis, que cuando se terminan ya pasaron de moda o están desactualizados. El ejemplo es Jesús con los apóstoles: los enviaba con lo que tenían. Después los volvía a reunir y los ayudaba a discernir sobre lo que vivieron.

Que la realidad les vaya marcando el ritmo y dejen que el Espíritu Santo los vaya conduciendo. Él es el maestro interior que va iluminando nuestro obrar cuando vamos libres de presupuestos o condicionamientos. Se aprende a evangelizar evangelizando, como se aprende a rezar rezando si tenemos el corazón bien dispuesto.

Todos pueden misionar aunque todos no puedan salir a la calle o al campo. Es muy importante el lugar que les brindan a las personas mayores que pertenecen desde hace mucho o se incorporan. Si cabe la expresión: pueden ser la sección contemplativa e intercesora dentro de las diferentes secciones de la Acción Católica. Ellos son los que pueden crear el patrimonio de oración y de la gracia para la misión. Del mismo modo los enfermos. Esta oración Dios la escucha con ternura especial. Que todos ellos se sientan parte, se descubran activos y necesarios.

## Destinatarios - Todos los hombres y todas las periferias

Es necesario que la Acción Católica esté presente en el mundo político, empresarial, profesional, pero no para creerse los cristianos perfectos y formados sino para servir mejor.

Es imprescindible que la Acción Católica esté en las cárceles, los hospitales, en la calle, las villas, las fábricas. Si no es así, va a ser una institución de exclusivos que no le dice nada a nadie, ni a la misma Iglesia.

Quiero una Acción Católica en este pueblo, la parroquia, en la diócesis, en el país, barrio, en la familia, en el estudio y el trabajo, en lo rural, en los ámbitos propios de la vida. En estos nuevos areópagos es donde se toman decisiones y se construye la cultura.

Agilicen los modos de incorporación. No sean aduana. No pueden ser más restrictivos que la misma Iglesia ni más papistas que el Papa. Abran las puertas, no tomen examen de perfección cristiana porque van a estar promoviendo un fariseísmo hipócrita. Hace falta misericordia activa.

El compromiso que asumen los laicos que se integran a la Acción Católica mira hacia adelante. Es la decisión de trabajar por la construcción del reino. No hay que «burocratizar» esta gracia particular porque la invitación del Señor viene cuando menos lo esperamos; tampoco podemos «sacramentalizar» la oficialización con requisitos que responden a otro ámbito de la vida de la fe y no al del compromiso evangelizador. Todos tienen derecho a ser evangelizadores.

Que la Acción Católica brinde el espacio de contención y de experiencia cristiana a aquellos que se sienten por motivos personales como «cristianos de segunda».

#### Modo - En medio del pueblo

De los destinatarios depende el modo. Como nos dijo el Concilio y rezamos muchas veces en la Misa: atentos y compartiendo la luchas y esperanzas de los hombres para mostrarles el camino de la salvación. La Acción Católica no puede estar lejos del pueblo, sino que sale del pueblo y tiene que estar en medio del pueblo. Tienen que popularizar más la Acción Católica. Esto no es una cuestión de imagen sino de veracidad y de carisma. Tampoco es demagogia, sino seguir los pasos del maestro que no le dio asco nada.

Para poder seguir este camino es bueno recibir un barrio de pueblo. Compartir la vida de la gente y aprender a descubrir por dónde van sus intereses y sus búsquedas, cuáles son sus anhelos y heridas más profundas; y qué es lo que necesitan de nosotros. Esto es fundamental para no caer en la esterilidad de dar respuestas a preguntas que nadie se hace. Los modos de evangelizar se pueden pensar desde un escritorio pero después de haber andado en medio del pueblo y no al revés.

Una Acción Católica más popular, más encarnada les va a traer problemas, porque van a querer formar parte de la institución personas que aparentemente no están en condiciones: familias en la que los padres no están casados por la iglesia, hombres y mujeres con un pasado o presente difícil pero que luchan, jóvenes desorientados y heridos. Es un desafío a la maternidad eclesial de la Acción Católica; recibir a todos y acompañarlos en al camino de la vida con las cruces que lleven a cuestas.

Todos pueden formar parte desde lo que tienen con lo que pueden.

Para este pueblo concreto se forman. Con este y por este pueblo concreto se reza.

Agudicen la mirada para ver los signos de Dios presentes en la realidad sobre todo en las expresiones de religiosidad popular. Desde ahí podrán comprender más el corazón de los hombres y descubrirán los modos sorprendentes desde los que Dios actúa más allá de nuestros conceptos.

## Proyecto - Acción Católica en salida - Pasión por Cristo, pasión por nuestro pueblo

Se han planteado una Acción Católica en salida, y eso es muy bueno porque los ubica en su propio eje. La salida significa apertura, generosidad, encuentro con la realidad más allá de las cuatro paredes de la institución y de las parroquias. Esto significa renunciar a controlar demasiado las cosas y a programar los resultados. Esa libertad, que es fruto del Espíritu Santo, es la que los va a hacer crecer.

El proyecto evangelizador de la Acción Católica tiene que pasar por estos pasos: primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar. Un paso adelante en la salida, encarnados y haciendo camino juntos. Esto, ya es un fruto que se celebra. Contagien la alegría de la fe, que se note la alegría de evangelizar en todas las ocasiones, a tiempo y a destiempo.

No caigan en la tentación del estructuralismo. Sean audaces, no son más fieles a la iglesia porque estén esperando a cada paso que les digan lo que tienen que hacer.

Animen a sus miembros a disfrutar de la misión cuerpo a cuerpo casual o a partir de la acción misionera de la comunidad.

No clericalicen al laicado. Que la aspiración de sus miembros no sea formar parte del sanedrín de las parroquias que rodean al cura sino la pasión por el reino. Pero no se olviden de plantear el tema vocacional con seriedad. Escuela de santidad que pasa necesariamente por descubrir la propia vocación, que no es ser un dirigente o capillero diplomado sino, por sobre todas las cosas: un evangelizador.

Tienen que ser lugar de encuentro para el resto de los carismas institucionales y de movimientos que hay en la iglesia sin miedo a perder identidad. Además, de sus miembros tienen que salir los evangelizadores, catequistas, misioneros, trabajadores sociales que seguirán haciendo crecer a la Iglesia.

Muchas veces se ha dicho que la Acción Católica es el brazo largo de la jerarquía y esto, lejos de ser una prerrogativa que haga mirar al resto por encima del hombro, es una responsabilidad muy grande que implica fidelidad y coherencia a lo que la Iglesia va mostrando en cada momento de la historia sin pretender anclarse en formas pasadas como si fueran las únicas posibles. La fidelidad a la misión exige esa «plasticidad buena» de quien tiene puesto un oído en el pueblo y otro en Dios.

En la publicación: «La Acción católica a luz de la teología Tomista», de 1937, aparece: «¿Acaso la Acción Católica no debe convertirse en Pasión Católica ?». La pasión católica, la pasión de la Iglesia es vivir la dulce y confortadora alegría de evangelizar. Esto es lo que necesitamos de la Acción Católica. Muchas gracias.

# Discurso del Papa a la Acción Católica Italiana En el 150 aniversario de la Acción Católica italiana 30 abril 2017

Queridos amigos de la Acción Católica

Estoy muy feliz de encontrarlos el día de hoy, tan numerosos y de fiesta por los 150 años de la fundación de su Asociación. Los saludo a todos con afecto, comenzando por el Asistente general y el Presidente nacional, a quienes agradezco las palabras con las que introdujeron esta encuentro. El nacimiento de la Acción Católica Italiana fue un sueño, nacido del corazón de dos jóvenes, Mario Fani y Giovanni Acquaderni, que se ha convertido con el tiempo camino de fe para muchas generaciones, vocación a la santidad para muchísimas personas: niños, jóvenes y adultos que se han convertido en discípulos de Jesús, y por ello, han tratado de vivir como testigos alegres de su amor en el mundo.

Es una historia bella e importante, por la cual tienen muchas razones para estar agradecidos al Señor y por la que la Iglesia les está agradecida. Es la historia de un pueblo formado por hombres y mujeres de todas las edades y condiciones, que han apostado al deseo de vivir juntos el encuentro con el Señor, grandes y pequeños, laicos y pastores, juntos, independientemente de su condición social, de la preparación cultural, del lugar de origen. Fieles laicos que en todos los tiempos han compartido la búsqueda de los caminos a través de los cuales anunciar, con las propias vidas, la belleza del amor de Dios y contribuir con su compromiso y competencia, a la construcción de una sociedad más justa, más fraterna, más solidaria. Es una historia de pasión por el mundo y por la Iglesia, en la que crecieron figuras luminosas de hombres y mujeres de fe ejemplar, que han servido al país con generosidad y coraje.

Tener una bella historia en las espaldas no sirve para caminar mirando hacia atrás, no sirve para mirarse en el espejo, no sirve para ponerse cómodos en el diván. Hacer memoria de un largo itinerario de vida ayuda a ser conscientes de ser pueblo que camina cuidando a todos, ayudando a todos a crecer humanamente y en la fe, compartiendo la misericordia con la que el Señor nos acaricia. Los animo a seguir siendo un pueblo de discípulos-misioneros que vive y da testimonio de la alegría de saber que Dios nos ama con un amor infinito, y que junto a Él aman profundamente la historia en la que vivimos. Así nos enseñaron los grandes testigos de la santidad que trazado el camino de su asociación, entre los que me gusta recordar Giuseppe Toniolo, Armida Barelli, Piergiorgio Frassati, Antonietta Meo, Teresio Olivelli, Vittorio Bachelet. Acción Católica: ¡vive a la altura de su historia!

En estos ciento cincuenta años la Acción Católica siempre se ha caracterizado por un gran amor por Jesús y la Iglesia. También hoy están llamados a continuar con su peculiar vocación poniéndose al servicio de las diócesis, en torno a los obispos y en las parroquias, allí donde la Iglesia vive en medio de las personas. Todo el Pueblo de Dios goza de los frutos de su dedicación, vivida en armonía entre la Iglesia universal y la Iglesia particular. Y en la vocación típicamente laical hacia una santidad vivida en lo cotidiano, pueden encontrar la fuerza y el coraje para vivir la fe, permaneciendo allí donde están, haciendo de la acogida y el diálogo un estilo con el cual acercarse unos a otros, experimentando la belleza de una responsabilidad compartida. No se cansen de recorrer el camino a través del cual es posible hacer crecer el estilo de una auténtica sinodalidad, un modo de ser Pueblo de Dios en el que cada uno puede contribuir a una lectura atenta, meditada, orante de los signos de los tiempos, para comprender y vivir la voluntad de Dios, con la certeza de que la acción del Espíritu Santo actúa y hace nuevas cada día todas las cosas.

Los invito a llevar adelante su experiencia apostólica en la parroquia, "que no es una estructura caduca", porque "es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración". (Exhortación apostólica Evangelii gaudium, 28).

Es el espacio donde las personas se pueden sentir acogidas tal y como son, y pueden ser acompañadas a través de un camino de maduración humana y espiritual que los lleve a crecer en el amor por la creación y los hermanos. Esto es válido sólo si la parroquia no se cierra en sí misma, y si tampoco la Acción Católica que vive la parroquia se cierra en sí misma, sino que ayuda a la parroquia a estar "en contacto con las familias y las vidas de las personas, sin convertirse en una larga estructura separada de la gente o un grupo de elegidos que se miran a sí mismos"(ibid).

Queridos miembros de la Acción Católica, que cada una de sus iniciativas, cada propuesta, cada camino sea una experiencia misionera, destinada a la evangelización, no a la autoconservación. Que su pertenencia a la diócesis y a la parroquia se encarnen a lo largo de la ciudad, de los barrios y pueblos. Tal y como ha sucedido en estos ciento cincuenta años, sientan fuerte dentro de ustedes la responsabilidad de lanzar la buena semilla del Evangelio en la vida del mundo, a través del servicio de la caridad, compromiso político, la pasión por la educación y la participación en el desarrollo cultural. Agranden su corazón para agrandar el corazón de sus parroquias. Sean caminantes de la fe, para salir al encuentro de todos, acoger a todos, escuchar a todos, abrazar a todos. Cada vida es una vida amada por el Señor, en cada rostro se ve el rostro de Cristo, especialmente en aquel del pobre, el que está herido de la vida y de quien se siente abandonado, de quien huye de la muerte y busca refugio en nuestras casas, en nuestras ciudades. "Nadie puede sentirse exonerado de la preocupación por los pobres y de justicia social" (ibíd., 201).

Permanezcan abiertos a la realidad que les rodea. Busquen sin miedo el diálogo con quienes viven al lado de ustedes, con quienes piensan diferente pero que como ustedes desean la paz, la justicia la fraternidad. Es con el diálogo como se puede asegurar un futuro compartido. Es a través del diálogo como construimos la paz, cuidando a todos y dialogando con todos.

Queridos chicos, jóvenes y adultos de la Acción Católica: ¡vayan y alcancen todas las periferias! Vayan, y allí sean Iglesia, con la fuerza del Espíritu Santo. La protección materna de la Virgen Inmaculada los sostenga; los acompañe el apoyo y el aprecio de los Obispos, así como mi bendición que imparto de corazón sobre ustedes y sobre la Asociación entera.

